

que al Gallo le ha sucedido, en Algeciras, y que diariamente atestan sus columnas de descripciones de las corridas y de versos y prosa consagrados a las apoteosis taurinas y al fenómeno o al coloso de tanda. Apostemos a que voy a cargar yo con el sambenito de ser la persona indiscreta que entera a Europa de la importancia que aquí tienen los astados brutos y los héroes del redondel. Sí, señor: yo habré tirado de la manta, yo habré revelado lo que nadie sabía...

* *

Y lo confieso, y lo reconozco: cuando yo hablo de estas cosas, no sé en qué consiste, pero mucha gente cree oír las o, mejor dicho, conocerlas por primera vez. Y es que sin duda vibra en mí, cuando los sucesos son poco favorables a España, cierta pena, cierta indignación, cierto dolor, recóndito y velado por la indiferencia mariposeante del cronista. Y todo se comunica y todo se pega. Ojalá sirviese para avivar el seso y despertar la reflexión.

Me figuro que habré dicho varias veces (y sin embargo, quiero volverlo a decir) que los toreros son gente muy simpática, y supongo que entre ellos abundan los hombres honrados y caballeros en su manera de ser, porque no es la caballería patrimonial exclusiva de la grey aristocrática ni de los burgueses ni de nadie, sino de quien lleva un sentimiento generoso en el corazón.

Los toreros son, entre sí, caritativos, y en general buenos padres, excelentes esposos, hermanos e hijos, cariñosos hasta el romanticismo con las prendas de su vida, desprendidos, garbosos, cristianos y llenos de fe; en fin, tienen muchas y muy recomendables cualidades personales, aparte del valor, que no se ha menester poco para arrostrar a la fiera, pues una cosa es verla de lejos y otra lidiarla. Todo lo cual significa que yo no tengo nada contra los toreros, ni es de ellos la culpa de haber venido a ser, como dije, hombres representativos, cuando sólo debían ser, a sus horas, hombres cuya destreza y arrojo entretiene al público durante una función y nada más.

No es lo malo que haya corridas, sino el afán que por estas corridas se siente, el entusiasmo que despiertan, la absorción de tantas energías por un deporte cruel y feroz en muchos de sus lances, y que, por nuestros pecados, ha venido a convertirse en emblema, signo o divisa — la palabra es taurina también — de nuestra nacionalidad.

* *

No sé resignarme a que, cuando un toro coge a un torero haya que establecer un servicio especial de telegrafía para contestar a los que se interesan por su estado, mientras que si un mozo valiente cae sobre el abrasado terreno de África, en defensa de nuestra bandera, no hay que aumentar nada en servicio alguno, ni casi los diarios prestan atención. No, a esto no me conformo.

Yo fui aficionada, como cada quisque, a los toros; pero nunca pensé en tal diversión sino mientras la estaba presenciando. Lo malo es comer carne de toro mañana, tarde y noche; alimentarse exclusivamente de carne de toro, y además, hacer del toro (como hicieron los egipcios de su buey Apis) un nudo de la patria.

Y ¿qué remedio? Cada tiempo tiene sus calamidades propias. Cada tiempo hace su mueca. La mueca de España es (¡en el siglo XXI!) la torería. A esto hemos llegado después de asombrar al mundo con tantas proezas.

* *

Los ruidosos debates de la Cámara popular (¿se dice así?) han terminado con la votación, al Gobierno favorable. Ha sido un derroche de elocuencia, un verdadero torneo del buen decir oratorio. Yo declaro que he pasado ratos muy agradables, porque cuando hablan así, sería preciso no tener espíritu para no deleitarse y recrearse con tanta gala y tanta dialéctica y tanto argumento bien traído y tanta descripción bien hecha. En lo que a oratoria se refiere, por lo menos, no se puede decir que estemos en decadencia.

Ni Mella ni Lerroux ni Melquiades Álvarez ni Maura ni la hueste numerosa que a los alcances les va tienen nada que envidiar a aquellas falanges de las primeras Cortes de la Revolución de 1869, que tanto juego dieron y en que brillaron nombres en este arte tan insignes. Yo al menos así lo creo, aunque de las primeras sólo en días solemnes fui testigo, porque entonces como ahora era difícilísimo obtener puesto cómodo en las tribunas. Creyérase

que a propósito se ponen obstáculos para descomponer el público a los oradores. En efecto, este público pudiera ser mucho más escogido, intelectualmente hablando, de lo que es, si se adoptara el sistema, bien sencillo, de numerar los puestos.

Los que se dedican a la labor de la inteligencia tienen el tiempo contado, y no quieren perder tres horas esperando, para lograr buen sitio a costa de madrugar. Un número arreglaría todo esto. Pero las protestas de los que no son intelectuales estropearían el sistema.

«¿Por qué un señor tiene el número uno, y yo tengo el treinta y tres?», etc.

Así es que se emplean todos los recursos. Se envía a una persona que ocupe el puesto desde temprano, y esta persona nos cede su lugar cuando aparezco.

* *

Pues hasta tan sencillo medio encuentra oposición y prohibiciones. No puedo comprender por qué. En todas partes se hace lo mismo, sin que nadie lo extrañe: sólo no puede hacerse, al parecer, en el Congreso. Incluso se venden los puestos, en las colas, por un duro o tres pesetas. Esto no se mira mal. ¿Qué inconvenientes acarrea? Ninguno. El dinero, en una o en otra forma, soluciona conflictos, y tener un sirviente que os guarde un puesto, es también cuestión de dinero: es una comodidad. Son singulares las ideas que corren entre el público de la tribuna acerca de la democracia en las costumbres.

«Aquí no deben venir las criadas», se oye exclamar, en tono desdenoso.

Sin embargo, no todos, ni siquiera la mitad de los concurrentes y concurrentes, parecen precisamente el conde de la Cimeria ni la duquesa de Montellano. El que lleva su papeleta está en su derecho al ocupar su sitio, aun cuando no ostente en el sombrero un gran *esprit*, ni al cuello un hilo de perlas. Y el que cede el sitio a otro tampoco creo que realice un acto ilícito. Hasta pudiera ser un rasgo de galantería, de respeto, de bondad.

Los padres de la patria, no encontrando quizás otra manera de reparar las molestias que infligen con su ilógico sistema de colocar al público, mandan cajitas de chocolate y de bombones, cucuruchos de caramelos.

Me agradecería saber si esta delicada obsequiosidad existe también en Francia y en otras naciones, o si es privilegio nuestro, y me propongo averiguar este punto en cuanto me sea posible.

* *

La prensa recuerda estos días el aniversario de la muerte del escritor y catedrático D. Antonio Sánchez Pérez. Yo también he de consagrarle mi florecita de siempreviva. Era este hombre uno de los mejores que he conocido, de los más cordiales y bondadosos: y no con bondad egoísta y fácil de vivir, sino con la bondad del corazón, que se trasluce y no cabe parodiarse. Siempre le encontré dispuesto a todo lo derecho y honrado. Era republicano y nada tenía de jacobino.

Para mí fué uno de esos amigos desinteresados, a quien veía poco, con quien contaba sin género de duda.

En los estrenos solía venir a echar un párrafo conmigo. Coincidíamos muchas veces; otras discutíamos sin llegar nunca a discutir. Sánchez Pérez se sabía sus humanidades, su retórica, su poética; era docto, propendía a ese moderado clasicismo, que han profesado tantos sabios españoles, como Narciso Campillo, Luis Vidart, y también, a su estilo, Juan Valera. Amadores de las letras, con cierto sentido de castiza mesura, esta generación de hombres no deja (exceptuando al ya citado D. Juan) una huella profunda, acaso por eso mismo, porque nada nuevo trajeron al campo literario.

Sánchez Pérez poseyó más talento que fama. Modesto en todo, lo era en esto de las letras, en que la modestia es tan poco común. Un mérito más, y otro motivo para no olvidarle.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esto del patriotismo tiene mucho que heñir.

Dígolo por la frecuencia con que de España y sus antiguas Indias me vienen, ya anónimos, ya con firma y rúbrica, cartas y cartapacios, en que, refiriéndose a mis crónicas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y a otras que envío a grandes diarios americanos, me increpan (no todas, las hay de un entusiasmo férvido) basándose, generalmente, en el tema del patriotismo.

Sólo que sería difícil concertarlas, pues mientras bastantes me tratan de mala española, porque digo lo que veo, otras me acusan de exaltada *chauvine*, porque digo lo que veo también. Este quisiera que yo pintase a España siempre con colores de lisonja y mentira; el de más allá que no ensalzase lo bueno que noto en España. De modo que deduzco lo siguiente: mis escritos son justos, se colocan en el ápice de la verdad. Al menos, de consuelo me sirve.

Yo limito mi defensa a este ruego: que se demuestre si incurro en inexactitudes. Como el Maestro ante Pilatos (y perdónese la comparación, en la cual pongo toda la reverencia de mi alma) pido que se me diga si mentí, y, si no mentí, que se me exima de la culpa.

Si mis artículos no reflejan fielmente costumbres y hechos, podrá decirse de mí algo censorio. Si los reflejan, no comprendo qué se me reprende. Y si con igualdad compruebo lo malo, lo bueno y lo mediocre, ¿dónde está la falta?

* *

Yo declaro que soy patriota: y no me limito a declararlo: lo he probado de un modo fehaciente, y estoy segura de que los que tanto claman por patriotismo, olvidarian pronto lo que yo, por no molestarlos, no quiero aquí recordar... Pero nunca he creído que el patriotismo consistiese en la falsificación de la realidad, que sólo podría, por otra parte, hacerse de ese modo burdo, que a nadie engaña. Mi crédito y mi seriedad perderían, y mi patria no ganaría poco ni mucho, pues siempre acaban por traslucirse las cosas, en su verdadero ser.

También, reconozcámoslo, sería inconcebible que yo, por el hecho de haber nacido en España, no tuviese derecho a ensalzar lo ensalzable de este país.

He venido pues a leer y escuchar con indiferencia estas observaciones contradictorias. El que escribe, en primer lugar, ha de preciarse de independiente y sincero. Y si quisiese dar gusto a todos, cierto que no pudiera lograrlo...

* *

Nunca el escritor aspirará a la popularidad de un torero, verbigracia. Los hombres representativos, en España, son los toreros; es un punto sobre el cual no cabe discusión. Verán ustedes, sin embargo, cómo, por hacer constar una verdad tan sencilla, me van a poner verde, sin que en cambio sufran la reprobación más ligera los periódicos que vienen llenos de larguísimos relatos, pongo por caso, de lo